



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 18105

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º á 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 20 DE MARZO DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loreta rue Casarín 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LO MISMO

Parece como que la vida de la Nación debiera suspenderse cuando llega el momento de una crisis, y aún más, cuando reviste los caracteres de gravedad que en sí encierra la actual.

No es la lucha entre monárquicos y republicanos.

Esta crisis representa dentro de la monarquía, las dos tendencias que luchan, no solo por la posesión del poder, sino por el triunfo entre la libertad y la reacción. Entre dos sistemas que mantienen, hace siglos, la lucha en nuestra nación, como en tantas otras.

La cuestión del Banco de España, sin dejar de reconocer su gravedad, ha sido la excusa.

La causa de la crisis, lo que venía elaborándola, desde hace mucho tiempo, era la cuestión de las asociaciones religiosas.

Un discurso de tonos altamente liberales y de iguales tendencias, dió motivo a la entrada en el ministerio dimisionario, á don Alfonso González. La consecuencia legítima de aquel discurso no podía ser otra que el decreto sobre asociaciones religiosas.

Algo impedía, sin que nosotros lo sepamos, que dicho decreto tuviera cumplimiento, y el compromiso contraído hacia que las oposiciones y la mayoría de las tendencias izquierdistas, estuvieran dispuestas a dar la batalla en este punto.

Surge el proyecto de reforma del Banco y después de la información, después del dictamen de la comisión, aparecen las enmiendas

y cuando todos creíamos que había llegado el momento de estar de acuerdo, cuando así aparecía de algunas palabras del señor Urzaiz, nos encontramos con la dimisión de éste, á la que sigue inmediatamente la del ministro de la Gobernación.

Esta dimisión es la que se esperaba, no las de los demás ministros, que ninguna importancia tenían con el problema á resolver; compromiso que tenía el Ministerio ante la opinión.

¿Cómo terminará el conflicto? Esa es la incógnita.

Deducciones tan solo podemos hacer después de las consultas celebradas por el poder moderador con los hombres importantes de los partidos gobernantes dentro de la monarquía.

Fracasa la idea de la concentración monárquica; y fracasó porque es imposible que se unan ni por un momento distintos elementos, con soluciones distintas. ¿Quién concuerda las ideas democráticas avanzadas de Canalejas con las ideas de temperamentos moderados del Duque de Tetuán? ¿Quién atempera las ideas canovistas de Montero Rios con las del Sr. Villaverde? ¿Quién es, á menos de no ser un Canovas del Castillo, el que contenga las impetuosidades del batallador Romero Robledo?

De estas reflexiones se deduce que la concentración, aunque tanto se habló de ella, era un mito.

O disolver las Cortes, dándoles el poder á una de las fracciones en que está dividido el partido conservador, lo propio que el liberal, o formar ministerios homogéneos ya con los silveiristas, ya con los sagastinos más ó menos avanzados.

Esto último parece ser lo que se resolvió, ¿pero cómo resolver los

dos problemas capitales, causa de la crisis?

Se conforma el nuevo ministro de la Gobernación, con que quede como letra muerta la cuestión de las asociaciones religiosas? ¿Abandona ese proyecto—del mismo modo que la reforma del concordato—el partido liberal, cuando puede decirse que esas dos reformas le llevaron al poder?

¿Se olvida el proyecto de Ley sobre circulación fiduciaria ó se redacta uno nuevo con las modificaciones que al de Urzaiz se le querían imponer? ¿Piensa el nuevo ministro de Hacienda que inmediatamente de la crisis y de suponerse que el proyecto quedaba abandonado, subieron las acciones del Banco y los cambios? ¿Le conviene al país esa depreciación de la moneda?

¿Y del problema de nuestra Marina? ¿Vamos á continuar como estamos? ¿Sobre quién van á caer ciertas responsabilidades? Es cuestión que no puede olvidarse. ¿Son para nuestros marinos, ó para la organización de esa entidad, tan importante las causas de ciertos acontecimientos? La marina espera hace mucho tiempo la contestación de esa pregunta. El público ya la va dando; la reacción vendrá y entonces se verá de parte de quién estaba la razón.

¿Y el problema social? ¿Dejamos que los excesos de la libertad se corrijan por la libertad misma ó encanzamos desde el poder las corrientes socialistas, yendo al socialismo gubernamental?

En fin, es tanto, tantísimo, lo que pesará sobre los hombros de los hombres del Gobierno, que quiera Dios no dejen todos los asuntos tan mal como están, y tengamos razón al decir: «Lo mismo».

REFLEXIONES

¿Será verdad que somos malos, ingobernables, díscolos...?

No es cierto. No es verdad. No tenemos sobre la conciencia ninguno de esos pecadillos, que cosa rara nos los adjudicamos sin reflexionar siquiera lo que hacemos...

Somos gobernables cual ningún otro pueblo; sufridos como el que más lo sea; creídos hasta la tontería y á vivir de ilusiones que siempre se agostan y de esperanzas que jamás se realizan, no nos gana nadie.

Nuestra sangre tiene algo y aún algo de musulmana, por lo cual nuestra fé peca de pasiva, subordinándose al estubo escrito; pero por lo demás, á ver si hay por ahí quien nos iguale y levante en los corzones, con el trato íntimo, más simpático que los españoles.

Si el voto de los extranjeros no es interesado—y no lo es porque nuestra amistad no puede traducirse en material ayuda,—tenemos títulos al general afecto y condiciones que nos recomiendan.

Pasa por nuestro puerto la tripulación de un buque argentino y se va haciendo elogios de los cartageneros; visitamos los mástiles de Suecia y se van leyendo en el alma sellos de gratitud; recibimos más tarde la visita de una escuadra austro-húngara y no hay que decir cómo se auscultaron los bravos y entendidos marinos de aquella nación.

Por dilatada que sea nuestra vida, perdurará la agradable impresión que nos produjo la al par que imponente cariñosa cena.

Virando en redondo y enfilaudo los puntidos rompeolas que impiden al mar embravecido penetrar en el puerto, deslizábanse majestuosos y en silencio los barcos; mas de repente surgió la atmósfera un hurra formidable y el espacio se llenó de las notas gratísimas de la marcha real; de esa marcha silbada alguna vez por españoles por que no la han escuchado tocada por instrumentos extranjeros y que si es antipática para ciertos partidos avanzados, por lo de la realza, no lo es considerada como himno de la patria, espejo de oración rezada con

lenguas de metal al pie de la bandera al acunarse el sol por los balcones del Oriente.

No, no somos díscolos. Somos gobernables. ¿No han de serlo los que en toda ocasión labran afectos en los pechos extraños y se conmueven de alegría y orgullo cuando escuchan las notas del himno nacional?

La atención de los austríacos fue delicadísima. Bajo el formidable hurra adivinábanse un viva á España, á Cartagena, á algo español; no importa qué. A los vivos respondieron en silencio, riendo de placer, nuestras almas agradecidas:

—¡Viva Austria!

Rawl.

Fiesta infantil

Para celebrar los días del director del colegio de primera y segunda enseñanza del barrio de Peral, Don José Sabater, verificaron anoche en el Liceo de dicho barrio una velada, los alumnos del mencionado colegio.

Comenzó la fiesta de dos partes: dos óbitos en un acto titulado «Dobrina de Mestoles» y «La comedia de Alarcón», un monólogo titulado «El primer actor», un coro, algunos títeres, función de fonografía y proyecciones.

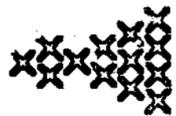
En el desempeño de las citadas obras estuvieron interesantísimos los liliputienses aficionados, poniendo cada uno empeño en agradar.

El público, que llenaba el teatro, compuesto casi en totalidad de señoras y niños, aplaudió de buena voluntad, con lo cual se crecieron los chicos.

Erán éstos Antonio Rivera, Manuel Belmonte, Pedro García, Angel Álvarez, Francisco Sierra, Fulgencio Morata, Ednardo Rivera, Ramón Maciá, Manuel Llamas, Isidro Roca, Emilio Ríos, Lúis Soler-Espanya, Manuel Plaza, Jerónimo Ruiz, Aniceto Abellán, Juan Calderón, Guillermo Barba y Juan Martínez.

En dónde los pequeños alcanzaron una ovación fué en el coro de los alabarderos que mereció los honores de la repetición.

La velada terminó después de las doce y



Probad los Cognacs de HENRI GARNIER y C.



99

LOS CRUZADOS

capellán que dará más crédito á ella, que á mis palabras.

—Ciertamente.

La carta quedó escrita, y al día siguiente, al apuntar el alba, Matzko marchó á Tscitna.

98 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

—Sí.
—Entonces debe haber partido al teatro de la guerra.

—Así parece. Quiere ir á ofrecer sus servicios á Vitoldo, pues cree que podrá ayudarle más que el mismo rey.

Matzko volviéndose á Jaghenka la dijo:

—Lo que yo predije resulta cierto.

—Zbshko espera, dijo Kaleb, que Vitoldo vaya á Germania, para poder asaltar los castillos alemanes.

—Ahora ya sabemos donde hallar al joven.

—Marchemos al punto, exclamó Jaghenka.

—Chitón; las muchachas no deben hablar.

La joven comprendió que no debía dejar adivinar su sexo.

—Probablemente encontraremos á Zbshko, mas quisiera saber, si además de los pensamientos alemanes, desea encontrar alguna otra cosa.

—Quién sabe.

—Si supiera que el capellán de Tscitna, ha vuelto al castillo iría á interrogarle; tengo una carta de Lichstentín que me evitará todo riesgo.

—Creo que estará en el castillo.

—Bien; marcharé con Glava y dos siervos y volveré presto; vos, Kaleb, escribidme una carta para el

95

LOS CRUZADOS

—Es posible?

—Quizá lo sepa el capellán Kaleb.

—¿Dónde está?

—Junto á la cama del amo.

—Que venga.

—Bien.

—Yo iré á buscarle.

En aquel instante, entró Jaghenka.

—Zbshko ha estado aquí, se apresuró á decir

Matzko.

La doncella palideció.

—Y ha marchado?

—Hace dos días; quizá sepa Kaleb donde está.

—Vámonos á verle.

El sacerdote compareció entonces, y creyendo que Matzko iba á hablar de Jarand dijo:

—Aún duermo.

—Me ha dicho que Zbshko ha estado aquí.

—Sí, y se fué.

—Para ir á...

—Ni él mismo lo sabía; pero tal vez ha ido á la guerra que ha estallado en la frontera de Shmub.

—Déjalo, decía.

—No sé más que ha estado en Matzko, y que se hizo muy amigo del hermano del amo, que le dió permiso para visitar los castillos.